

Presentación

Sabemos que la vida es un camino personal en compañía de innumerables personas porque hemos sido creados para convivir y ayudarnos mutuamente. La mayoría de los mortales coincidimos en que la meta es llegar a ser plenamente felices, algo difícil en este mundo pero que impulsa a buscar una felicidad final, que intuimos como llena de bienes y sin mezcla de males. Los cristianos sabemos además que la felicidad buscada está en el Cielo: la Vida eterna en Dios y con Dios de un modo inefable que será plenitud personal. Ser felices para siempre en permanente novedad de amor y conocimiento, algo que nadie ha experimentado en la tierra.

El camino de la vida tiene muchos trayectos que pasan por diversas situaciones, unas imprevisibles y otras previsibles como metas intermedias para llegar al final. Quienes tratamos al Dios vivo y personal conocido en Jesucristo confiamos en su Providencia paternal, una voluntad no arbitraria que solicita decisiones concretas de vida, cuando nos paramos –hacemos stop– y confirmamos el trayecto o rectificamos el rumbo.

Las nueve luces de este libro quieren ser como poner las largas en la conducción de un vehículo, pues están diseñadas para ampliar la visión más allá de lo

inmediato y evitar peligros en el camino. En nuestro caso estas luces se refieren a los grandes temas de fe cristiana sobre los últimos y decisivos acontecimientos, que llamamos «novísimos» y que la Iglesia invita a considerar especialmente durante el mes de noviembre, cuando los creyentes recordamos a los fieles difuntos y los visitamos en los cementerios. Puede ser una buena ocasión para que la nostalgia se transforme en una fe más firme, una esperanza más segura y una caridad más ardiente. Porque no estamos solos.

Otros tiempos son oportunos para hacer ese alto en el camino, como es un retiro, un tiempo de soledad y oración, el tiempo de la Cuaresma, que desemboca en la Pascua, cuando la Iglesia celebra la Resurrección de Jesucristo. Esos acontecimientos futuros ya preparados desde el presente son conocidos como la Vida eterna: la muerte, el Juicio de Dios, el Cielo, el Purgatorio, y el Infierno, las seis primeras luces de este libro. Y las tres últimas luces nos llevan a consolidar la fe en la Comunión de los santos, la Resurrección de los muertos, y la esperanza en la llegada de los Cielos nuevos y la tierra nueva.

Cada una de esas luces, amigo lector, acaba formulando algunas preguntas últimas acerca de estas importantes cuestiones sobre la Vida eterna, a veces ignoradas y otras quizá sabidas pero merecedoras de una

atenta reflexión. Porque no queremos caer en el silencio sobre lo esencial como decía el pensador francés André Frossard.

Jesús Ortiz López

1ª Luz

La vida eterna no es una quimera

*«(...) Alma a quien todo un dios prisión ha
sido, venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido, su
cuerpo dejará, no su cuidado; serán ceniza,
mas tendrá sentido; polvo serán, mas polvo
enamorado.*

(F. Quevedo, Obra poética)

Nacidos para amar

Este soneto de Quevedo expresa la convicción profunda de que el hombre no es una criatura más pues siente anhelo de eternidad. No se equivoca en su intuición porque tiene condición o naturaleza espiritual, el alma humana que trasciende toda materia. Los creyentes tenemos la confirmación de ese sentido en la fe recibida desde la Biblia y en el seno de la Iglesia de Jesucristo. La última verdad de la fe en el Credo es «Creo en la Vida eterna». El amor constante más allá de la muerte.

Ocurrió durante un mes de voluntariado en Nairobi, concretamente en un alojamiento para niños en-

fermos de las Hermanas de la Caridad. Aquel joven se quedó bloqueado pues nunca había visto nada igual en cuanto a dolor y pobreza. Una de las religiosas le indicó «¿Ves a ese niño de allí que llora? Ahora tómallo con cuidado y dale todo el cariño de que seas capaz». La criatura se durmió en sus brazos mientras lo balanceaba. Poco después acudió asustado a la hermana porque no respiraba, y ella le dijo: «Ha muerto en tus brazos; y tú le has adelantado quince minutos el amor que Dios le va a dar por toda la eternidad». El muchacho declaraba después: «Entonces entendí tantas cosas: el Cielo, el amor de mis padres, el amor de Jesús...».

Todos sentimos la poderosa atracción del amor, y los cristianos sabemos además que el amor de Dios se ha derramado en nuestro corazón por la gracia, que se desarrollará hasta la gloria en el Cielo. ¡Qué bella oración hacía San Agustín al exclamar!: *«Te invoco, Dios Verdad, principio, origen y fuente de la verdad de todas las cosas verdaderas. Dios Sabiduría, autor y fuente de la sabiduría de todos los que saben. Dios verdadero y suma Vida, en quien, de quien y por quien viven todas las cosas que suma y verdaderamente viven. Dios Bienaventuranza, en quien y por quien son dichosos todos los que son bienaventurados (...).*

»Separarse de Ti es caer; volverse a Ti, levantarse; permanecer en Ti es hallarse firme. Alejarse de Ti es morir, volver a Ti es revivir, morar en Ti es vivir. Nadie te pierde sino engañado, nadie te busca sino avisado, nadie te halla sino purificado. Dejarte a Ti es ir a la muerte, seguirte es amar, verte es poseerte. Para Ti nos despierta la fe, levanta la esperanza, une la caridad»¹.

Hijos amados de Dios

Dios nos ama y está a nuestro favor: es la gran verdad de la vida cristiana, que el Amor de Dios, el Espíritu Santo, trabaja para que nuestros pensamientos, sentimientos y obras sean a la medida de Jesucristo y seamos así buenos hijos de Dios. Mediante el Bautismo hemos sido injertados en Jesucristo comenzando a vivir su misma vida, como enseña San Pablo a los gálatas: *«todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo» (Ga 3,27)*.

La adopción divina se realiza por la gracia que recibimos en el Bautismo y luego en los otros sacramentos: *«La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida es-*

1

San AGUSTÍN, *Soliloquios*, I, cap.1 (PL 32, 8699)

piritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños»².

Este sentido de la filiación divina nos adentra en la profundidad del amor que Dios tiene a cada uno –a ti y a mí–, un amor más fuerte que la muerte y que colma las aspiraciones de todos los hombres, incluidos quienes no conocen todavía a Jesucristo. El filósofo danés Kierkegaard lo expresaba con fuerza al decir que Dios es el primero que nos ha amado antes de venir al mundo y el último que permanecerá todavía junto a tu lecho de muerte.

Creo en la vida eterna

La fe en la vida eterna comprende los aspectos fundamentales que nos disponemos a meditar en estas páginas. Entre otras enseñanzas luminosas de la Iglesia vamos a ver: la fe católica en la vida eterna; la muerte y resurrección de los muertos al fin del tiempo; la existencia del Juicio particular y del Juicio universal al final de la historia; el Infierno y su razón de ser; el Purgato-

2 San JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 65.

rio como instrumento de la misericordia divina; el Cielo como meta de nuestra existencia; la comunión de los santos, la resurrección de los cuerpos, y la llegada de los cielos nuevos y la tierra nueva al fin de los tiempos.

Las verdades de fe referentes a la Vida eterna se conocen también con el nombre de “novísimos”, la permanente novedad siempre actual que acontece en la vida de cada persona a la hora de la muerte, y para todos al final de la historia. Será el día de Dios que nadie conoce, pero que nos invita a estar vigilantes sin instalarnos en el mundo como si fuera completamente definitivo. Sin embargo, tenemos también el peligro de no trabajar ahora en serio como si todo fuera provisional, aunque en verdad esta no es la enseñanza de Jesucristo ni la práctica de la Iglesia, que pide a los fieles santificarse en el mundo y santificarlo, es decir, valorarlo como nuestra misión y tarea dirigida al bien de todos.

Las paradojas de los santos

La Iglesia tiene el DNI de su identidad donde consta que ha sido fundada por Jesucristo. Es *una, santa, católica o universal y apostólica*, animada por el Espíritu Santo y peregrina en la historia humana hasta ese día final. La Iglesia es santa porque su cabeza es Jesucristo,

el Santo de Dios; santa su naturaleza como instrumento universal de salvación, y finalmente es santa en sus frutos, que pueden comprobarse aunque no se tenga mucha fe. Lo muestra la magnífica constelación de santas y santos de los cinco continentes, canonizados en el transcurso de dos mil años: son una prueba razonable del origen divino y misión sobrenatural de la Iglesia.

Los santos no son héroes mitológicos creados por la cultura cristiana. No es así, pues son hombres y mujeres reales y ejemplares que supieron corresponder a las gracias de Dios, autor único de la santidad. También hoy son como espejos que reflejan alguna faceta de la infinita bondad de Dios; por eso no hay límite para la santidad que es una participación del Amor de Dios. Nuestra devoción a los santos no acaba en ellos sino en Dios que hace maravillas con los hombres y las mujeres que le son fieles, y gastan su libertad sirviendo al prójimo tantas veces con callado heroísmo. Ellos han llegado a ser maestros de vida mostrando la verdadera dignidad del hombre creado a imagen de Dios. Pero ¿queremos ser santos nosotros?

Tus limitaciones, defectos y pecados son incompatibles con la santidad y sin embargo ¿pueden impedir aspirar a ella o hacer fracasar al amor en nuestra vida? No lo parece en la descripción paradójica que un periodista hace de un santo: «*Un santo es un avaricioso*

que va llenándose de Dios, a fuerza de vaciarse de sí. Un santo es un pobre que hace su fortuna desvalijando las arcas de Dios. Un santo es un débil que se amuralla en Dios y en Él construye su fortaleza. Un santo es un imbécil del mundo –stulta mundi– que se ilustra y se doctora con la sabiduría de Dios. Un santo es un rebelde que a sí mismo se amarra con las cadenas de la libertad de Dios. Un santo es un miserable que lava su inmundicia en la misericordia de Dios. Un santo es un paria de la tierra que planta en Dios su casa, su ciudad y su patria. Un santo es un cobarde que se hace gallardo y valiente, escudado en el poder de Dios. Un santo es un pusilánime que se dilata y se acrece con la magnificencia de Dios. Un santo es un ambicioso de tal envergadura que sólo se satisface poseyendo cada vez más y más ración de Dios...»³.

Visto de ese modo no parece imposible aspirar a ser santos, porque se trata de abrirse a la gracia de Dios, salir de ti mismo, y luchar por desarrollar las virtudes cristianas que tienen su fuerza en la caridad. La santidad está en las antípodas del egoísmo, de la cobardía y del derrotismo.